

ENRIQUE BONETE PERALES

# Con una mujer cuando llega el fin

CONVERSACIÓN ÍNTIMA  
CON LA MUERTE

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2021

## ÍNDICE GENERAL

Aclaración necesaria .....	11
Introducción. Todo se tambalea.....	13
1. Mujer enigmática.....	25
2. Asombro.....	29
3. ¿Como una madre?.....	35
4. Conciencia de la finitud.....	41
5. Raíz del temor .....	45
6. Sobre «la nada» impensable .....	49
7. Bondad .....	55
8. Autenticidad .....	59
9. Contra el absurdo .....	63
10. Seriedad de la vida .....	67
11. Experiencia apacible .....	71
12. Preguntas cruciales.....	75
13. Soledad.....	79
14. Felicidad.....	83
15. Amor .....	89
16. Incertidumbre y esperanza.....	93
17. «El Eterno Viviente» .....	103
Epílogo. Como un niño.....	119

## *ACLARACIÓN NECESARIA*

La conversación apasionada que mantuve con la mujer enigmática durante una larga noche de otoño se desarrolló de modo mucho más disperso y caótico de lo aquí transcrito. Sin embargo, a fin de facilitar al lector la comprensión del contenido esencial de aquel diálogo tan extraño, suscitado en un contexto onírico, he considerado del todo oportuno ordenar los temas debatidos entre ambos (siempre de modo respetuoso) y añadir un título en cada epígrafe que oriente sobre la línea argumentativa principal. La inolvidable señora, sabiamente, fue guiando nuestra charla, a pesar de la disparidad de temas, hacia una «revelación» final que resultó para mí tan sorprendente como lo será para cualquier lector mortal.

## Introducción

### *TODO SE TAMBALEA*

Veo ante mí tinieblas que los ojos cerrados no permiten disolver. Permanezco quieto, sentado en el sillón orejero. Los brazos cruzados. La cabeza erguida. Las piernas estiradas. El silencio es total. Estoy solo en el hogar. Aunque la mente, descontrolada, no para de divagar, de saltar desde el pasado lejano al futuro inminente, mi cuerpo permanece largo rato hierático, abandonado en una quietud exagerada, con la esperanza de que así el mareo intenso disminuirá.

Hace más de una hora que he llegado de Valencia con mi mujer en el coche. Entramos en casa sobre las 8 de la tarde del martes 27 de octubre de 2020. Hemos pasado unos días en mi tierra natal por motivos familiares. Tras descargar con ritmo acelerado el equipaje cuantioso en el portal de la vivienda, por no molestar a los vecinos que necesitan del ascensor, empiezo a encontrarme muy mareado, con desagradables náuseas. Animo a Clara, mi esposa, a que salga a tomar el aire y comprar algo en el súper. Yo necesito estar sentado, tranquilo, inmóvil, esperando que la extraña sensación de fatiga se pase poco a poco. Para mi sorpresa, voy empeorando.

Al rato vuelve Clara cargada con bolsas de Mercadona. Me encuentro muy mal, con fuerte sensación de falta de aire, mareo intenso y dolor torácico. Empiezo a considerar que quizá es una angina de pecho o un infarto. El

ahogo crece. Mi mujer insiste en que hemos de llamar a urgencias. A pesar de mi resistencia, solicita un médico en el hogar. Viene una doctora amable con un enfermero. Me ponen una inyección para el mareo. Decece un poco al paso de unos minutos. Sigo teniendo náuseas, pero no puedo vomitar. Me ahogo cada vez más y siento un persistente dolor en el centro del tórax. Considera la doctora que han de llamar al 112. En efecto, solicita la profesional sanitaria una ambulancia, sin perder la calma, a pesar la tensión reinante. Crece en mí la sensación de ahogo y la respiración entrecortada. Voy teniendo la impresión de que me estoy muriendo, que no hay nada que hacer, que los diez o quince minutos esperando el traslado al hospital van a ser muy largos, que puedo desfallecer.

Todo se tambalea.

Seguimos esperando la ambulancia.

Contemplo, mientras persisten las náuseas, el nerviosismo de Clara hablando con la doctora en voz baja. Nos cruzamos fugazmente las miradas. Me temo que quizá no la pueda ver más, que ha llegado «la hora», que estoy en los últimos momentos. Sin embargo, a pesar del malestar alarmante que me invade, cuando pienso seriamente, durante unos minutos, que estoy muriendo, que la situación es mucho más grave de lo que yo mismo había imaginado dos horas antes, que el corazón empieza a fallar (mi abuelo, mi tío y mi padre murieron de infarto), experimento una serenidad insólita en mí. Considero que lo peor de mi muerte es no poder consolar a Clara cuando se encuentre sola (a pesar de nuestros hijos y nietos, todos lejos de Salamanca). Va inquieta de un lado a otro del salón, por toda la casa. La miro con ternura y siento

durante unos segundos una pena tremenda por ella, por su vida sin mí. Me percató de que la llegada del momento definitivo no me aterraba en absoluto. No tengo ninguna sensación de miedo o angustia. Al contrario, empiezo a valorar que he vivido bastante, que, si esto es el fin, si pronto pierdo la consciencia para siempre, no me importa nada, no debo rechazar tan inesperada circunstancia, ajena a mis deseos y proyectos; la asumo como la conclusión de una intensa existencia tras sesenta años circulando por este mundo.

El morir no está siendo tan temible ni terrible como lo había imaginado desde la adolescencia. Sí, estoy muriendo y siento en el interior una paz profunda. No lo puedo creer, pero acepto el fin con ánimo sosegado. Incluso, aunque resulte extraño, rememoro con rapidez algunas páginas escritas por mí sobre el modo en que se enfrentaron célebres filósofos a sus últimos días. Me viene a la mente el contenido esencial de mi libro *El morir de los sabios* (Editorial Tecnos, Madrid 2019), publicado un año antes, y que tantos desvelos ocasionó su redacción. Tengo la impresión de estar viviendo los momentos finales con espíritu dócil, aunque algo apesadumbrado por dejar a Clara sin mi compañía. Con cierta calma interior contemplo el desenlace a pesar de que me falta el aire, persiste un dolor constante en el pecho (soportable) y no desaparecen las asfixiantes náuseas.

Todo acabará pronto, se apagará la luz, el último aliento, mi mundo desaparecerá, el cerebro en unos minutos no recibirá oxígeno, se paralizará el riego sanguíneo, dejará de funcionar órgano tan vital. Soy capaz incluso de formular en mi mente alguna que otra pregunta: «¿Volveré a “la nada” o me esperará “Alguien” tras la

muerte? ¿Será el vacío absoluto lo que me aguarda o despertaré en otra realidad inimaginable?».

Mientras en mi alma fluyen con rapidez tan inquietantes interrogantes, llaman a la puerta dos hombres fornidos. La ambulancia espera en el portal. Me sientan con esmero y agilidad en una silla de ruedas. Sacan rápido del hogar mi cuerpo. Los vecinos espían por la mirilla de la puerta como si estuvieran ante un apeestado, sospechando lo peor: que me trasladan al hospital por contagio grave de coronavirus. Bajamos cinco plantas por el ascensor sin hablar, enmudecidos por las mascarillas. Suben mi cuerpo torpe, con sumo cuidado, como si fuera un mueble frágil, a un vehículo inmenso y frío. Por la pandemia no permiten que mi mujer sea acompañante.

La ambulancia circula por las calles salmantinas sin que suene la sirena. Son cerca de las 23 h. No hay que espantar el tráfico inexistente. Sí brilla una luz anaranjada para alertar, supongo, algún posible cochecillo o peatón perdidos por la urbe. Noto la velocidad y el movimiento acelerado de la ambulancia. Debemos estar atravesando una ciudad fantasma. La hora límite de vida social («el toque de queda») es las 10 de la noche. Imagino que todo el mundo está en sus casas, cenando, viendo la televisión, charlando. Yo estoy solo, silencioso y algo triste en un recinto inestable, sometido al vaivén de los cambios de marcha de un potente motor y, sobre todo, indefenso ante la incertidumbre del futuro inminente. No hay tráfico. Solo oigo el ruido del diesel. Noto las curvas en las rotondas y rememoro la mirada inquieta de Clara en la puerta del hogar, a modo de despedida, con ojos muy abiertos, brillantes, de color gris verdoso.

En unos diez minutos llegamos a urgencias del Hospital Clínico de Salamanca. Los ruidos estremecedores al abrir la puerta de la furgoneta-ambulancia y las voces alarmantes que por allí truenan, rompen las meditaciones apenas en que durante el breve viaje se había ido sumergiendo mi yo, proclive al recogimiento. Baján rápido el cuerpo-mueble que a duras penas habla y no sabe muy bien dónde va a ser colocado. Tras unos segundos en el pasillo es conducido a una pequeña habitación-consulta. Pronto me atiende una agraciada enfermera. Siguiendo las instrucciones de un médico de aspecto cansado (con otro doctor algo más joven que observa como aprendiz de obra), realiza la joven pruebas de todo tipo. La primera, si no recuerdo mal, fue el célebre electrocardiograma (ECG). No soy muy consciente de lo que hacen ni preguntan, pero respondo automáticamente con acierto, supongo.

Al persistir el mareo trasladan mi cuerpo-mueble, un rato después, al otorrino. Estoy ante una doctora de voz dulce y acento latinoamericano. El mareo se agrava por los movimientos algo bruscos que provoca la experta con el objetivo de restituir la equilibriocepción del oído interno. Pretende detener así, gradualmente, los mareos y náuseas. Consigue con ello que vomite por fin, ante su mirada alarmada, con sensación agobiante de ahogo y fuertes retorcijones estomacales. Se asusta tanto la doctora por mis quejidos y espasmos (teme un desenlace fatal) que llama muy nerviosa al médico y a la enfermera que me habían atendido nada más entrar en urgencias. A pesar del fuerte mareo y el mal sabor de boca por los vómitos, me encuentro algo mejor según pasa el tiempo y se alcanzan los efectos esperados de la medicación ingerida o inyectada.



Antes de que decidan el ingreso en una sala polivalente, me hacen la célebre PCR (introduciendo el molesto palito por la nariz hasta casi el lóbulo frontal de mi cerebro desorientado) para comprobar en unas horas que no estoy contagiado de coronavirus, por si he de ser intervenido con urgencia. Hay varias camillas sobre las que yacen personas de todas las edades y con síntomas diversos en aquella sala, en exceso fría por una ventilación desmesurada con el propósito de evitar algún posible contagio.

Al ver que pasa el tiempo, que nadie se acuerda de mí, envío entonces con torpeza, desde el móvil, lacónicos mensajes (vía WhatsApp) al Decano de la Facultad de Filosofía, también al director de mi Departamento y a mis compañeras de Área. Como buen kantiano que soy, con alta conciencia del deber, considero que he de advertir a todos ellos, sin demora, que no podré impartir las dos clases de mañana miércoles, ni podré presidir el resto del día la comisión para una plaza de Contratado Doctor en mi Facultad.

Mientras sigo ingresado en la sala polivalente (el hospital está sobrecargado por pacientes de Covid-19) los cardiólogos prescriben varias exploraciones y las enfermeras controlan las constantes vitales. Durante el ingreso nocturno van sometiendo mi organismo a diversas pruebas con siglas extrañas, tal como verifico después al consultar un críptico informe cardiológico que me entregan, del que no entiendo casi nada. Quedo confuso (por no decir asustado) cuando leo los tecnicismos médicos; al ser incapaz de descifrarlos con precisión sospecho que estoy muy grave.

Abandonan en un rincón mi cuerpo-mueble encima de una cama hospitalaria, escondido tras unas cortini-

llas. Durante varias horas es controlado por unos aparatos a los que previamente me han conectado enfermeras excesivamente parlanchinas. Sus tertulias nocturnas mantienen mi mente despierta y atenta a sus jugosos comentarios sobre los más diversos temas. Otros pacientes, ajenos a las conversaciones de las jovencitas, roncan y roncan con ritmo sonoro y molestísimo, lo que contribuye a que mis ojos permanezcan abiertos como platos y mi cerebro hiperactivo, a pesar del cansancio.

No puedo conciliar el sueño ni quince minutos en aquella sala tan ajetreada, sometida a temperaturas de frigorífico. Ni siquiera la mantita que de modo reiterado supliqué consigue conservar mi cuerpo-mueble a temperatura digna de favorecer la somnolencia. Empiezo a imaginar, en el caso de que supere esta penosa situación, el severo resfriado que voy a pagar por las horas de estancia en esta sala compartida, en la que, ruidosamente, traen y llevan, sin interrupción, a pacientes de todas las edades y patologías en camas con ruedas que en ocasiones chirrían. Las conversaciones vociferantes de enfermeras, celadores y limpiadoras recuerdan más una cafetería del campus universitario que una sala hospitalaria.

Por fin, cuando la mañana del miércoles 28 de octubre está concluyendo, se acerca a mi camita (realmente estrecha) de la sala polivalente una cardióloga muy simpática, compañera de estudios de mi hija Mónica, médico también. Tras el afable saludo, explica a toda velocidad lo que me ha pasado con un lenguaje algo técnico y una agilidad verbal poco común. Imparte a la audiencia postrada y apática una brillante clase de unos 10 minutos sobre el diagnóstico que padece mi corazón y el posible pronóstico. Su voz resulta demasiado sonora en medio

del silencio reinante. Los pacientes cercanos se enteran de los detalles de mi patología. A pesar de mantener yo una mente confusa y gafas empañadas por la mascarilla, tengo que estar muy concentrado para comprender en líneas generales lo que esta joven e inteligente doctora relata con rapidez inusitada sobre el tratamiento farmacológico intenso que he de seguir durante un mes (y de modo crónico), antes de otra prueba técnica imprescindible a la que me he de someter a finales de noviembre. No me atrevo a preguntar nada porque constato que tiene mucha prisa, que ha de visitar a numerosos pacientes en planta, más graves que yo, imagino. Debido a dos mascarillas bien apretadas veo solo sus ojos, muy vivos. Y los miro muy atento como si de ellos fluyera la altisonante voz que escucho con esfuerzo mental. El razonamiento que capto a través de su mirada hablante resulta de una lógica impecable. Es mejor guardar silencio e inclinar la cabeza de vez en cuando como señal de que estoy asimilando lo esencial. Agradezco mentalmente la claridad de su clase de cardiología. Las dos mascarillas blancas no permiten ver la movilidad de sus labios, aunque embellecen todavía más aquellos ojos oscuros que no dejan de hablar.

A los pocos minutos llega el cardiólogo, joven, alto, amigo de mi yerno Gabriel, que es médico. Se agacha un poco hacia la camita para explicarme, casi al oído, cómo andan mis arterias coronarias. Resulta más pausado en las expresiones que su anterior colega. Me trata con sumo respeto al saber que soy catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Salamanca y miembro del Comité de Ética Asistencial del Hospital Clínico en el que me hallo. No levanta la voz cuando habla. Solo

yo puedo escuchar. Los otros pacientes nada (lo que, sin duda, agradecen). Su breve *speech* parece más tranquilizador que el de la cardióloga. Comprendo algo referente a obstrucciones en las arterias coronarias y a una dilatación de 8 milímetros por no sé dónde. Considera que no es necesario, de momento, realizar ningún cateterismo, como en un principio se había pensado. Incluso da el visto bueno a mi tímida pregunta (de la que aún hoy me avergüenzo) sobre si podré seguir tomando una caña de cerveza o un vino al día: me pareció importante aclarar este punto. Explica el apuesto doctor que el equipo de cardiólogos ha decidido, tras observar los resultados de las pruebas y darle vueltas y vueltas a mi corazón, que realizarán dentro de un mes un test de isquemia con cardio resonancia magnética de estrés. Y a la luz de los resultados decidirán si conviene o no la intervención quirúrgica. Pero me advierte también que he de llevar una vida «normal», sin esfuerzos deportivos (nulos en mí desde la remota juventud) para no fatigarme en exceso. Y mucho cuidado con el contagio de coronavirus, podría agravarlo todo. Insiste, lo cual me asusta un tanto, que si se presenta un nuevo episodio de dolor torácico y falta de respiración he de acudir de modo urgente al hospital más cercano por si es otra angina de pecho grave o un infarto letal.

Un par de horas después de la consulta de los dos amables cardiólogos me conceden el alta. Renuncio a coger un taxi para recibir aire fresco en mi rostro. Andando con exagerada lentitud salgo del hospital camino a casa, mientras Clara viene con paso acelerado a mi encuentro. Llegamos los dos a media tarde, pasito a pasito, al hogar, dulce hogar. Llevo más de 24 horas sin comer

nada y sin dormir. Charlamos un buen rato, sentaditos en el sofá, sobre las experiencias padecidas en el hospital y la fuerte impresión que mantuve de que había llegado mi hora. Ella no podía imaginar que fuese así el final, tan de repente. Ni por un instante lo pensó, confiesa. Vemos unos minutos la televisión, sin interés. Y nos vamos a dormir, ambos muy fatigados, tras una noche distantes: Clara sola en casa, con inquietud, y yo también solo en el hospital, sin pegar ojo, rodeado de pacientes (algunos tan quejosos que me apenan) y enfermeras de guardia dicharacheras sobre el monotema de la pandemia y los contagios de familiares.

En la cama de nuestro hogar, pasadas las 11 de la noche, seguimos charlando mi mujer y yo abrazados, felices por estar juntos otra vez, sin abandonar del todo el desasosiego por los momentos tan intensamente vividos 24 horas antes. Se van apagando nuestras voces con el paso de los minutos. El cansancio está apoderándose de nuestros cuerpos molidos hasta que ella se duerme plácidamente. Yo no. Sigo despierto, algo inquieto.

Alrededor de una hora después, todavía en vela, empiezo a sentir otra vez, con agobio, algo de mareo y presión en el pecho. Me asusto. No sé si es real o psicósomático. «¿Despierto a Clara? ¿Llamo a urgencias, al 112? ¿Qué hago? ¿Qué me pasa? ¿Me duele el pecho o no? ¿Me estoy ahogando o no? ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Me estoy muriendo? Si he estado en el hospital. Si me han dicho que harán una prueba importante dentro de un mes... ¿Cómo es posible? ¿Empiezo a estar peor?... No te pongas nervioso... Serénate... Reza un poco».

Dirijo entonces una breve y sincera oración a Dios, suplicándole que pueda yo aceptar con sosiego morir en

---

la cama, junto a Clara, sin dolor ni angustia, silencioso, acariciando su espalda con ternura mientras descansa inmóvil de su agotamiento, ajena al malestar que voy sintiendo y que prefiero no comunicar. Ni siquiera oigo su apagada respiración. Pero también ruego, quizá con algo más de fervor, que se me conceda, si es voluntad divina, permanecer un tiempo más en este mundo maravilloso, con mis hijos y lindos nietecillos.